Alvar Aalto en Madrid

En 1951 vino a España Alvar Aalto a dar unas conferencias en Barcelona y Madrid. En esta última ciudad, y con motivo del cambio de impresiones que tuvieron los arquitectos madrileños con el profesor finlandés, se publicaron en el "Boletín de la Dirección de Arquitectura" unos comentarios, de los que se reproduce aquí el escrito por el arquitecto Fernando Chueca, que presenta un matiz muy humano del célebre arquitecto.

Apresuradamente tengo que escribir estas líneas, que tratan de recoger la impresión de unas horas pasadas con tan destacado arquitecto, y como no puedo pensar en hacer nada que tenga, ni por asomo, un carácter de ensayo crítico sobre dicha personalidad, me reduciré a hacer la pequeña crónica de aquellas horas, relatando sencillamente cómo pasaron, lo que a la larga puede tener más interés que cualesquiera otras apreciaciones mías Los españoles no somos propensos a fijar estos recuerdos personales y a hacer la *petite histoire* a que tan aficionados son los franceses. Vaya, pues, por delante esta efemérides arquitectónica.

Nos reunimos en el Hotel Nacional unos cuantos compañeros, en espera de que bajara de su habitación el arquitecto finlandés. Este llegó a poco, afable, vestido de negro, corpulento y ágil a la vez, con cierto aspecto de campesino, que me recordaba (no sé por qué) a don Blas Taracena, ilustre arqueólogo soriano, fallecido por desgracia no hace mucho. Se sentó unos momentos en corro con todos los demás, y se habló ligeramente de planes y proyectos de viaje. Pronto se deshizó la reunión, y el señor Alvar Aalto mostró deseos de emplear las horas de la tarde que le quedaban en hacer una serie de compras en Madrid. Todos los demás arquitectos se despidieron, reclamados por sus obligaciones, y yo me ofrecí a servirle de acompañante y de intérprete.

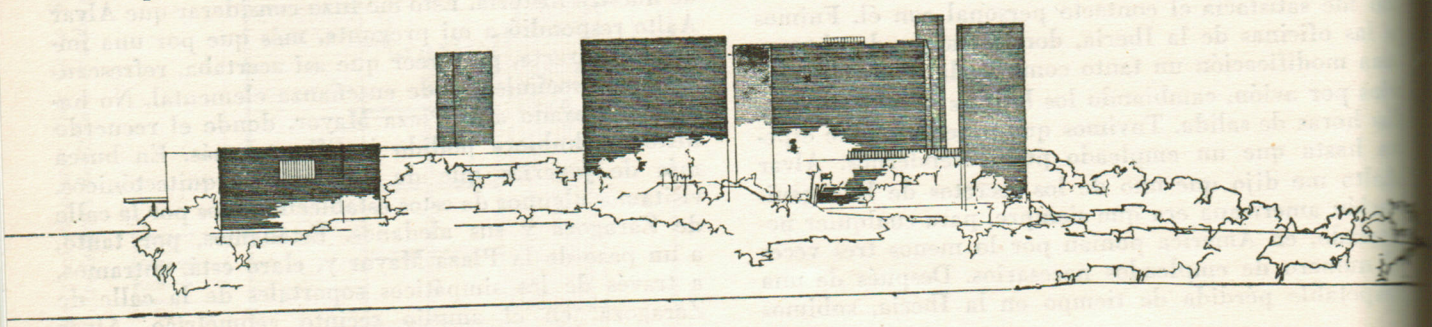
Salimos por el paseo de Trajineros, entre autobuses de línea y carros de mulas, y pronto me di cuenta de que Alvar Aalto hubiera deseado mucho más ir solo. Yo, más que una ayuda, era para él una traba. Me parece que el arquitecto es persona de gran independencia, y quién sabe si éste es acaso un rasgo de la mentalidad finlandesa: hombres de bosques solitarios y escondidos lagos. Pero yo había trazado ya mi plan de acompañarle y no estaba dispuesto a dejarlo, pues si a él no le interesaba mi compañía, a mí me satisfacía el contacto personal con él. Fuimos a las oficinas de la Iberia, donde trataba de obtener una modificación un tanto complicada de sus itinerarios por avión, cambiando los billetes o, mejor dicho, las horas de salida. Tuvimos que hacer bastante espera hasta que un empleado pudo atendernos. Alvar Aalto me dijo que uno de los secretos de la organización americana era que siempre, para cualquier negociado, en América ponían por lo menos tres veces el número de empleados necesarios. Después de una respetable pérdida de tiempo en la Iberia, subimos por la Carrera de San Jerónimo y, mientras andábamos, yo le hice algunos sondeos por ver si le interesaba conocer algo del ambiente y de la arquitectura de Madrid. En seguida me apercibí que lo que él buscaba era otra cosa muy distinta: comprar chucherías para llevar a sus familiares y amigos de Finlandia, principalmente, claro está, objetos de *españolada*. Ya más tranquilo con esta convicción, me propuse seguirle la cuerda, y entramos en casa de Linares, donde escogió algunos abalorios gitanos, pendientes para sus amistades y para las "arquitectas" de su estudio y algunas cosillas más, todas de poco precio. En un momento que me entretuve hablando con mi compañero Domínguez Salazar, que circunstancialmente se hallaba también en la tienda, Alvar Aalto escogió unas castañuelas. Hicimos la cuenta con el dependiente, y cuál no sería mi asombro cuando vi que la cantidad total se elevaba nada menos que a seiscientas pesetas. A mis preguntas, el dependiente se mostró un tanto azorado, y me dijo que ya pensaba advertirme que el señor había escogido, sin saberlo, las castañuelas de más precio; que eran castañuelas de no sé qué madera muy especial, las más caras que existían (valían unas cuatrocientas cincuenta pesetas), y que sólo usaban los profesionales de postín. Yo le expliqué esto como mejor pude a Alvar Aalto, indicándole que para lo que él las quería (supongo que nada más que con carácter decorativo) tenía otras tan vistosas o más por el módico precio de quince o veinte pesetas; pero cuando oyó aquello de que las castañuelas eran de profesional, se puso (y ahora es muy oportuno decirlo) como unas castañuelas, y dijo que de ninguna manera dejaba aquel instrumento de virtuoso.

Todavía, subiendo por la Carrera de San Jerónimo, vimos algunas tiendas más de objetos de Eibar y damasquinados toledanos, pero en ellas no encontró algo que quería: unos pendientes antiguos, regalo éste más importante, para su propia hija. Así fuimos andando por el centro de Madrid a la busca de estos pendientes, cuyo hallazgo era verdaderamente difícil. En nuestro deambular llegamos a la Puerta del Sol. Cuando enfilábamos la calle Mayor, le pregunté qué impresión le producía Madrid y si hallaba algunos puntos de semejanza con otras capitales de Europa. Lo pensó un poco, porque es hombre al que no le gusta comprometerse con juicios y respuestas ligeras, y me dijo (esto no he sabido a ciencia cierta por qué) que Madrid le recordaba algo a Viena. No conozco Viena, pero yo no hubiera pensado en ella. Luego él mismo me dijo que posiblemente la causa fuera el reinado de una dinastía austríaca durante un largo período de nuestra historia. Esto me hizo considerar que Alvar Aalto respondió a mi pregunta, más que por una impresión directa, por creer que así acertaba, refrescando sus conocimientos de enseñanza elemental. No habíamos llegado a la Plaza Mayor, donde el recuerdo histórico hubiera podido justificarse más. En busca más de joyerías que de ambientes arquitectónicos, visitamos algunos de estos establecimientos por la calle de Zaragoza y sus aledaños. Estábamos, por tanto, a un paso de la Plaza Mayor y, claro está, entramos, a través de los simpáticos soportales de la calle de Zaragoza, en el amplio recinto geométrico. Alvar

Aalto no manifestó ninguna reacción aparente ni se molestó en hacer ningún comentario. Estaba muy preocupado por los pendientes de su hija.

Al fin dimos en el clavo, y en casa López, de la calle del Prado, encontramos algo que le gustó: unos grandes pendientes de filigrana, no recuerdo si granadinos o valencianos, que él probaba, para calibrar el volumen, con ojos de arquitecto, colgándolos de las orejas de un dependiente pequeñito, porque decía que su hija tenía una carita reducida, que en volumen debía de coincidir con la del dependiente; esperemos que no coincidiera tanto en otras cosas que influyen en la gracia femenina.

Después del grave problema de los pendientes dimos en otro no menos inquietante: era necesario encontrar una tela de gabardina de color marrón muy oscuro y completamente liso. Por lo visto en Finlandia no tienen telas de este tipo o es difícil encontrarlas, siendo muy apreciadas, y por otro lado en aquel clima, no sé bien por qué razones, decía Alvar Aalto que iban mejor los colores de telas muy oscuros. Visitamos varias pañerías, y nos costó dar con lo que él quería; salíamos con las piezas a la calle para estudiar bien el color, y Aalto se mostraba muy escrupuloso con las pequeñas diferencias de matiz. La luz de la tarde empezaba a caer, y era difícil comparar los colores, que variaban entre la luz fluorescente del interior y la luz, ya cansada, del día que acababa. Al final, en la Puerta del Sol, encontramos una tela que le gustó.

Resultado de todo esto fué que Alvar Aalto, que había recibido al principio mi compañía con alguna prevención, pensando en un cicerone fastidioso, acabó cariñosísimo, sin quererme dejar y alargando todo lo posible la entrevista, que vino a terminar en el bar del Palace Hotel. De estas correrías retuve la impresión de que Alvar Aalto es hombre de una sensibilidad delicadísima en materia de decoración. Es curioso que estos arquitectos, que llevan etiqueta de funcionales y que aparentemente sólo debían mostrar interés por las cuestiones lógicas, racionales y científicas, sean sobre todo unos artistas de muy depurada sensibilidad. Indudablemente, la arquitectura moderna, por la misma sencillez de las formas que maneja, necesita un toque muy sutil, que estos hombres cultivan y que evidentemente poseen. Alvar Aalto me dijo que cuando él está ocupado o enfrascado en algún tema de arquitectura, procura aislarse de todos los demás, considerando que un arquitecto debe ver muy pocas cosas y concentrar todo su interés y atención en ellas, para llevarlas a un alto grado de perfección. Me dijo que en Italia cerraba los ojos cuando pasaba delante de monumentos renacentistas y barrocos, y que él iba buscando sólo la esencial arquitectura mediterránea de los pequeños poblados campesinos. Esta era una de sus obsesiones. Parece ser que actualmente se halla en Finlandia ocupado en el planeamiento urbanístico de algunas regiones del país; le interesa ver la organización urbana espontánea de pueblos y aldeas, sobre todo de montaña. A todos los que tuvimos ocasión de estar con él nos repitió varias veces que le lleváramos a ver pueblos muy pegados al terreno, como él decía. En el viaje que hizo en tren de Barcelona a Madrid, parece que algunos pueblos de éstos (en España, evidentemente, podemos presentar una nutrida colección) le encantaron, y sobre todo un paisaje amplio, inmenso, vacío, con las orejas puntiagudas de una mula recortándose temblorosas en el horizonte. Tampoco es hombre—todos tuvimos ocasión de comprobarlo—al que le guste divagar ni hacer literatura sobre su arte. Me contó que en una encuesta promovida por una revista técnica de los Estados Unidos, preguntaron a los arquitectos más notorios del movimiento actual qué posibilidades tenía el arte moderno con respecto a la arquitectura de carácter monumental; y él, en vez de contestar a la encuesta con una opinión escrita, mandó unas fotografías de algunos edificios que él había construído de tipo oficial, no recuerdo si la famosa Biblioteca, y otros.

Como dije antes, terminamos la tarde en el bar del Palace, ya con una franca y simpatiquísima camaradería. Me dijo que cuando viaja y tiene que preguntar algo que le interesa se dirige a los *barmans*, que forman una especie de cofradía internacional. La conversación en el bar del Palace, que duró más de hora y media, fué de lo más agradable e interesante: un poco de chismorreo sobre los *grandes* de la arquitectura moderna (Gropius, Lloyd, Van der Rohe, etcétera) y mucho sobre su experiencia americana. Según él, América no la resiste más de seis semanas seguidas; es su límite de elasticidad, ya comprobado. Yo le pregunté por qué, y me contestó que en América el *businessman* está muy alto (y levantaba la mano por encima de su cabeza) y el arquitecto muy bajo (y hacía el gesto inverso), y que en Europa ocurre lo contrario. Habló mucho del proceso de la construcción del edificio de la O.N.U. y de los intereses político-financieros que se movieron entre bastidores: todo muy sustancioso e interesante, pero que no es ocasión de relatar. Yo le oía especialmente interesado, pensando en mi viaje a los Estados Unidos, que al escribir estas líneas estoy a punto de emprender, y que precisamente me impide ahora, en beneficio de los lectores, continuar este relato, que acaso haya salido algo más largo de la cuenta.